

**Ana Campoy**

# **FAMILIA A LA FUGA**

**INFILTRADOS EN  
LA GRAN CIUDAD**

**Ilustraciones de Álex Alonso**

loqueleq

# CAPÍTULO 1

**E**s muy difícil contar la vida de alguien que vive escondido. No es la primera vez que lo intento, ya lo sabes, pero es que me cuesta muchísimo.

9

Ya lo expliqué la vez anterior: hablar de los F. es complicado. Tengo que contenerme para no desvelar demasiado sobre ellos, aunque, por más que me lo propongo, siempre se me acaba escapando algo.

La verdad es que todo lo relacionado con este asunto es muy peligroso. Sin querer, podría darte detalles que pudieran servir para localizarlos. Muchos desastres de la humanidad han sucedido de ese modo: sin querer.

Colón llegó a América sin querer, porque realmente lo que él quería era llegar a la India. El panadero John Farynor incendió Londres sin querer cuando una noche se dejó el horno encendido (y después Farynor juró y



requetejuró que no había sido aposta). Hasta el científico Alexander Fleming, al irse de su laboratorio sin limpiarlo bien, descubrió la penicilina sin querer. Por culpa de ese despiste (y de ser un poco marrano, la verdad sea dicha) hoy en día tenemos los antibióticos (aunque lo cierto es que este «sin querer» fue de los mejores, si lo pensamos bien).

10 El problema de los F. es sencillo: viven escondidos y nadie, absolutamente nadie, debería conocer su paradero. Es algo que sucede desde hace tiempo; básicamente, desde que la malvada organización Mandíbula empezó a perseguirlos. Y el motivo por el que los persiguen surgió como suelen ocurrir todas estas cosas: sin querer.

Lorenzo, el padre de los F., trabajaba de vigilante nocturno en una fábrica y, sin querer, se acercó donde no debía y vio lo que no debía ver (en opinión de Mandíbula, claro). Conclusión: desde entonces, tanto él como su familia viven ocultos para que no puedan pillarlos. Así que, mientras tanto, los F. siguen huyendo y Mandíbula continúa persiguiéndolos.

Todo esto sería bastante terrorífico si los F. no contarán con ningún tipo de ayuda. Verse solo ante un

problema de estas magnitudes a más de uno le quitaría el sueño. Pero en este caso no es así. Me refiero a que, por fortuna, los F. cuentan con refuerzos: la Agencia de Asuntos Anónimos (AAA) es una organización que lucha por hacer el bien y proteger a todo el que tenga necesidad de esconderse. Justo lo que les pasa a los F.

La AAA es la eterna enemiga de Mandíbula. Es que no pueden ni verse. Los agentes de la AAA se hicieron cargo del asunto de los F. en cuanto ocurrió lo de Lorenzo. Es decir, de inmediato. Y, aunque en su primer destino los F. sufrieron algunos problemillas de gestión, la AAA consiguió salvar a toda la familia. Y no solo eso, sino también que todo el mundo resultara ileso.

Desde que salieron huyendo de su primer destino, Lorenzo y Norma vivieron en un «ay» hasta saber cuál sería el siguiente sitio donde iban a instalarlos. Maya, Fiona y Lucas, en cambio, vivían en un «uy» emocionados por averiguarlo. La abuela Ginebra, por su parte, comentaba que cualquier sitio le iría bien, siempre y cuando pudiera disponer de una habitación para ella sola (la abuela Ginebra es una señora un poco rara, pero tampoco tiene muchas exigencias).



Los F. no tuvieron que esperar mucho. Pronto las dudas se disiparon. Una mañana, el transporte de la AAA los recogió del motel en el que estaban instalados y atravesó montañas y carreteras, y carreteras dentro de montañas (que se llaman túneles), hasta llegar a un lugar bastante distinto. Uno en el que los rascacielos rompían el horizonte.

12



—¿Vamos a esa ciudad? —preguntó Lucas al ver como se acercaban a una urbe sembrada de edificios.

No hubo respuesta. El conductor del transporte no estaba autorizado a decir ni mu. La Agente Z, la responsable de su expediente, sería la encargada de informarles. Así que, cuando la furgoneta de la AAA los depositó en su nueva calle y los seis F. se personaron ante el imponente edificio que les daba la bienvenida, creyeron estar suplantando a otra familia.

El ascensor del bloque los llevó a una planta altísima. Tanto, que Lucas sintió cómo se le taponaban los oídos. Parecía que la emoción no acabaría nunca, hasta que, por fin, llegaron a uno de los últimos pisos, justo donde la Agente Z en persona les abrió la puerta.

—Bienvenidos, queridos F.

Lucas se puso a hacer memoria y llegó a la conclusión de que jamás había visto a la Agente Z tan sonriente. Desde que todos la habían conocido en su destino anterior, nunca había estado así de radiante. Se preguntó si la agente habría obtenido un ascenso, pero lo descartó nada más pensarlo. Solo tuvo que adentrarse en su nuevo hogar para adivinar el motivo de tanta felicidad: aquel apartamento era tan alto y tan lujoso que parecía sacado de una serie de televisión. El suelo brillaba muchísimo





debido a la luz que se colaba por los ventanales (que eran un montón).

—¡Pero si esto es un palacio! —exclamó Fiona, que era la más pequeña (pero también la más sincera) al observar que el apartamento estaba decorado con todo lujo de detalles.

—Sí. La Agencia ha querido compensarlos —explicó la Agente Z—. He luchado durante día y noche para que ampliaran el presupuesto de su caso. Creo que se lo han ganado.

15

Los F. se miraron orgullosos. Habían pasado tantos disgustos que era cierto que merecían un respiro.

—Siéntanse como en su casa —confirmó la agente—. En unos minutos estaré lista para la reunión de identidades. Mientras tanto, aquí tienen el protocolo de llegada. Revísenlo si quieren. Aunque yo ya lo he hecho varias veces.

La Agente Z le entregó a Lorenzo la lista de comprobaciones del apartamento. Consistía en una hoja de papel en la que se especificaban, con detalle, todos los aspectos importantes de la casa: grifería, electricidad, plano de la vivienda, reparto de habitaciones, accesos...



La vez anterior, las comprobaciones habían resultado un desastre. La casa que les habían dado estaba a punto de derrumbarse. Sin embargo, en esta ocasión, Lorenzo echó una ojeada y vio que todo estaba perfecto. Parecía que la Agente Z se había esmerado en los detalles. Y, en efecto, así era. La mujer no estaba dispuesta a que aquella familia, que tantos percances había pasado, tuviera ni una sola queja con los protocolos de la AAA. Y mucho menos bajo su mando. De eso nada. De ninguna manera.

—No creo que necesitemos tantos lujos... —murmuró Norma, en cambio, sentándose en el borde del sillón—. Tal vez sea demasiado.

—¿Estás loca?! —exclamó Lucas mientras se lanzaba sobre una de las butacas—. ¡Esta casa es increíble!

—¿Te apetece un bombón? —añadió Ginebra acercándole a Norma la bandeja que había en la mesita.

Norma rechazó el dulce.

—No, mamá. No estoy de acuerdo. Creo que todo este derroche es un exceso.

—Coge el bombón y saboréalo, anda —le chistó Ginebra deseando que su hija cerrara la boca—. Hasta puedes comerte tres de golpe.

Maya y Fiona, por su parte, no habían dicho esta boca es mía. De hecho, la tenían tan abierta que la abuela Ginebra podía haberles introducido toda la bandeja de bombones.

Lorenzo también permanecía callado. Aunque en su caso parecía conforme. Estaba de acuerdo con Ginebra en que era mejor aprovechar las cosas buenas. La vida, por una vez, parecía ponerse a su favor.

Pudo confirmarlo cuando la Agente Z los llevó hasta la mesa del comedor.

—Lo primero son las presentaciones.  
—La Agente Z hizo pasar a un mayordomo muy joven y extremadamente delgado—. Edgar se encargará de cualquier cosa que necesiten. Realmente es el Auxiliar Gamma infiltrado —susurró con picardía—, pero para ustedes, y para el resto del barrio, Edgar será su nombre de servicio.

Edgar escenificó una amplia reverencia. Tan bien efectuada que Fiona pensó que solo sería posible conseguirla ensayando mucho delante del espejo.



—¿Mayordomo?! —Norma exclamó en un tono tan estridente que incluso Edgar dio un respingo.

—Les he conseguido un nivel Premium —asintió la Agente Z—. Solo se concede en casos muy concretos. Y tengan en cuenta que para esta tapadera el mayordomo es necesario. El resto del vecindario vería raro que no tuvieran servicio.

18 Lorenzo interrumpió en ese momento:

—Agente, una pregunta —dijo mientras señalaba a Edgar—. ¿El mayordomo es una tapadera o podemos pedirle cosas de verdad?

La Agente Z les explicó que Edgar estaba realmente a su servicio. Había superado unas pruebas de entrenamiento muy exigentes y estaba preparado para casi cualquier cosa.

Norma meneó la cabeza, nada conforme con el asunto. Tener un mayordomo no solo implicaba un estilo de vida al que no estaban nada acostumbrados. También suponía vivir con un extraño metido en casa todo el día.

Lorenzo, por su parte, opinaba que no estaba tan mal. Era bueno que Edgar formara parte de la agencia.

Podrían sentirse más tranquilos si tenían un responsable completamente dedicado a ellos. No venía mal si surgía alguna urgencia.

—Pasemos a repasar sus nuevas identidades —dijo la Agente Z desviando el tema.

Nada más terminar la frase, Edgar se apresuró a repartir cada una de las carpetas a los F. Tomó el boli del moño de la Agente Z, lo colocó en el centro de la mesa y después se retiró a un lado para que su jefa comenzara con la presentación.

Lucas se preguntó si aquel hombre cronometraría sus movimientos, pues se movía tan rápido como si tuviera un superpoder.

—Comenzaremos por Lorenzo, el principal protegido —continuó la agente—. A partir de mañana tendrá un alto cargo de responsabilidad en el distrito financiero.

—¡Anda! —se rio Maya—. Así que vas a ser jefe. ¡Al fin!

—Sí —añadió Norma—. Qué manera más original de tener un ascenso.

—Un cargo directivo, realmente —especificó la Agente Z—. No es un puesto muy complicado. Solo digamos



que «decorativo». Saludar a gente, comidas, alguna que otra reunión...

—Lo habitual de los jefes, vamos —puntualizó Ginebra.

Fiona, por su parte, exclamó al fijarse en lo que estaba haciendo el boli.

—¡Mirad! ¡Es papá!

20 En efecto, así era. La AAA había modernizado sus presentaciones, y el boli de la Agente Z proyectaba una recreación de Lorenzo parecida a un holograma. En él aparecía vestido de ejecutivo, caminando y con un gesto muy sonriente.



—¿Esto es por lo del paquete Premium? —preguntó Maya, también sorprendida por la presentación.

—No. Estas recreaciones son nuevas —explicó la agente—. Los ayudarán a visualizarse en su papel. Nuestros psicólogos lo recomendaron. Han de saber que la AAA está siempre en continua evolución.

Tras soltar esta última frase, la Agente Z sonrió satisfecha. Estaba contenta de pertenecer a una agencia tan puntera. Por mucho que los madrugones fueran habituales y que la carga de trabajo estuviera a punto de acabar con ella.

—Se te ve bien —comentó Norma al ver al Lorenzo de 3D caminando en el holograma.

La Agente Z se alegró de que Norma interviniera. Eso era señal de que se iba aclimatando al nuevo destino.

—No sé si se ha fijado —continuó—, pero en la imagen puede apreciar el complemento perfecto para su atuendo: un maletín de ejecutivo de primera calidad.

—Desde luego, piensa usted en todos los detalles —intervino Ginebra.

—Es el último modelo... —susurró en confianza la Agente Z—. Y no solo eso. ¿Edgar?



El mayordomo se acercó complaciente portando un maletín nuevecito que aún olía a complemento sin estrenar.

—Muéstrales a todos lo que el maletín es capaz de hacer.

22 Edgar se arremangó e inspiró tranquilamente. Después, abrió el maletín, mostró los diferentes compartimentos para guardar las carpetas y tiró de una solapa interna que se desplegó de manera sorprendente.

—Es un compartimento secreto —explicó el mayordomo—. Va equipado con nuestro famoso botón del pánico.

—Ese que NO hay que pulsar si no es estrictamente necesario —recordó la Agente Z.

Todos sabían perfectamente lo que ocurriría si eso sucedía. Significaría que Mandíbula los habría localizado. El botón del pánico era la última llamada de socorro. Lo tenían que pulsar para que la AAA los sacara de allí.

—Además del botón de emergencia —continuó la Agente Z—, el maletín también lleva otras especificaciones.

—Así es —asintió Edgar.

En la parte superior, junto a la cerradura, el mayordomo les señaló una pequeña pantalla. Se trataba de una ventana horizontal que tenía a su lado una ruedecita.

Según se girara, el maletín se podía activar en el modo que fuera necesario. Edgar así lo hizo, y los F. pudieron comprobar que la lista de funciones del maletín era interminable.

—Modo espía, Modo ataque... —leyó Lorenzo—. ¡¿Modo propulsión?!

—Sí, mejor que no tenga que utilizarlos, ya sabe —respondió la Agente Z—. El maletín se ha diseñado previendo las situaciones más extremas. Además, va equipado con GPS, sensor de movimiento y de escucha. Podremos saber en todo momento qué sucede a su alrededor.

—¡¿Cómo?! —Norma volvió a alterarse, aunque la Agente Z ya estaba preparada para su reacción.

—Sí. Sé que estar demasiado controlados no es de su agrado —respondió—. Pero cuando estén en casa pueden meter el maletín en el armario. Piensen que en una ciudad tan grande es mucho más cómodo para nosotros saber qué ocurre alrededor de Lorenzo.

—¿Y no podrían darle un reloj como la otra vez? —preguntó Lucas.

Nuestro amigo estaba fascinado con el nuevo maletín, aunque sabía de sobra que no le dejarían ni mirarlo.



—No, de momento. Uno de nuestros compañeros se puso el reloj en la muñeca equivocada y..., bueno..., digamos que hemos decidido revisar el diseño —respondió Z—. Además, pensamos que la tecnología del maletín es más avanzada y adecuada para su nueva identidad. Eso sí, encárguese de no perderlo.

24 La Agente Z dijo esto con una risita nerviosa, aunque por dentro sabía que no era ninguna broma. El maletín de Lorenzo era un prototipo único en su clase. Representaba la tecnología más puntera de la agencia. Tanto era así que esa era la primera vez que se probaba con un caso real.

Edgar le comentó que dentro del maletín había un manual de instrucciones por si quería echarle un vistazo más tarde. Y Lorenzo asintió conforme.

—Continuemos. —La Agente Z miró a Lucas y a Fiona—. Vosotros, en esta ocasión, tendréis un destino cómodo y adecuado.

El holograma varió mostrando a Lucas y Fiona sonrientes y camino de clase. El único inconveniente era que ambos debían desplazarse en el autobús escolar. Un pequeño sacrificio a cambio de una vida sin contratiempos importantes.

—Vuestros colegios son un modelo del buen gusto y la buena educación. Y sin extraescolares obligatorias.

—¿De verdad?! —exclamó Fiona a punto de estallar de alegría.

—Solo las que a vosotros os apetezca —asintió la agente—. No hay por qué preocuparse.

Fiona se abalanzó sobre la agente y la abrazó con fuerza. No tendría que acudir a odiosas hermandades mafiosas como la última vez. Por fin tenía una identidad decente. Una que la dejaba emplear el tiempo en lo que ella quisiera.

La agente chascó los dedos para que el boli pasara a la siguiente identidad, pero algo hizo que el holograma sufriera una interferencia.

—Oh, vaya, ¿qué ha pasado? Me prometieron que ya lo habían revisado.

Edgar se acercó al dispositivo y lo observó con extrañeza. Tras sacudirlo un poco y volverlo a comprobar, sin éxito, recomendó a la Agente Z que lo apagara y siguiera con las presentaciones a la manera tradicional.

—Qué lástima —comentó Fiona con voz de falsa pena—. Nos quedaremos sin ver cómo son mamá y Maya en su nueva identidad.



Maya y Norma no hicieron mucho caso. Empezaban a impacientarse. ¿Acaso había algo especial relacionado con ellas?

—En tu caso —confirmó la agente mirando a Maya—, no puedes imaginarte la suerte que has tenido. Has de saber que en este barrio algunos de los chicos de tu edad acuden al famoso Instituto Michelangelo.

26 Maya arrugó la nariz.

—¿Instituto Michelangelo? ¿Eso de qué va?

—Es una escuela muy prestigiosa. Todas las familias luchan por que sus hijos estudien allí. ¡Y hemos conseguido una plaza para ti!

La Agente Z exclamó esperando que el resto de los F. se sumara a su entusiasmo. Solo que, lógicamente, ninguno comprendía el porqué de tanto aspaviento. La agente suspiró y comprendió que los F. no tenían por qué saber nada de sus desvelos y las cincuenta llamadas realizadas para convencer a la directora del centro. Supuso que ese tipo de gestiones venían con el puesto.

—Está bien —continuó—. La única indicación, Maya, es la de siempre: pasar desapercibida. Procura juntarte con gente fácil de tratar y no tendrás problemas.

Como si fuera tan sencillo. Maya suspiró temerosa por lo que fuera a encontrarse. A saber cómo de especial era aquel instituto. Y a saber cómo podría desenvolverse sin teléfono móvil, ni internet, ni nada parecido.

—Nuestras normas no han cambiado... —La Agente Z negó con la cabeza—. Sería muy peligroso que por culpa de algún dispositivo pudieran encontrarles. Lo siento. Tendrán que acostumbrarse.

27

Maya resopló, aburrida de aquella charla estúpida, y la Agente Z se giró entonces hacia Norma. La madre de los F. llevaba un buen rato cruzada de brazos, y la agente sabía que estaba a punto de abordar el momento más tenso de toda la reunión.

—Debido al tipo de escondite... —La Agente Z carraspeó—. Me temo que Norma tendrá que hacer un esfuerzo extra para que la tapadera sea creíble.

—¿Qué tipo de esfuerzo? —preguntó ella elevando la barbilla.

—Pues la verdad es que tendrá que esforzarse por... por no hacer nada en absoluto. Las madres de esta zona de la ciudad no suelen salir a...

—¿... a trabajar?



La Agente Z asintió y Norma giró la cara.

—Mire el lado bueno. —La Agente Z acercó su silla a la de Norma—. Tendrá tiempo para relajarse, para emplearlo en lo que usted quiera. Podrá salir de compras, ir a la peluquería..., ¡todas esas cosas que siempre nos gustaría hacer pero que nunca podemos! Piense que su tiempo es suyo. Puede emplearlo en lo que desee. Este nuevo destino es como unas vacaciones. ¡Y pagadas por la Agencia!

Al oír eso, Norma levantó una ceja. Después, miró a Lorenzo, que asentía sonriente. No podía creer que su mujer no viera el lado bueno de aquella situación. Daba la impresión de que les hubiera tocado la lotería.



—Está bien... —farfulló Norma—. Si usted ha pensado que esto es lo mejor para nuestra familia, me conformaré.

Nadie se dio cuenta, pero en ese momento las pulsaciones de la Agente Z empezaron a ralentizarse. Temía que Norma, la más difícil de convencer, entrara en cólera tras el asunto de quedarse en casa. Por fortuna, había sabido manejar la situación. Solo esperaba que Norma no se excediera mucho con la tarjeta de crédito. El presupuesto era alto, pero tampoco podía convertirse en un derroche.

29

A los pocos segundos la agente notó que su ritmo cardíaco volvía a ser el adecuado. Aunque no duró así mucho tiempo. Sin querer (tal y como te he explicado que ocurre siempre), sus pulsaciones volvieron a subir. Y el motivo fue que, de repente, alguien llamó a la puerta.

\* \* \*

Ni siquiera habían podido terminar con el reparto de identidades. Aquella llamada inesperada acababa de activar el código rosa de la Agencia.



(Sé que a estas alturas debería haberte explicado el sistema de códigos de alarma, pero es tan enrevesado y tan difícil de aprender que será mejor que te fíes de lo que yo te diga).

30 El código rosa implicaba alerta, pero no una gravedad extrema como para tener que pulsar el botón del pánico del maletín. Así que la Agente Z se estiró la chaqueta, desconectó el boli (el cual volvió a pinchar en el moño) y le pidió a Edgar con total parsimonia (al menos, en apariencia) que fuera a abrir la puerta.

El mayordomo obedeció. Se acercó a la mirilla y, con unos gestos tan rápidos que parecían invisibles, avisó para que se prepararan ante una visita sorpresa. Cuando estuvieron listos, Edgar abrió la puerta y todos descubrieron de quién se trataba.

—Oh, buenos días. —La desconocida se sorprendió un poco al ver tanta gente reunida—. Mi nombre es Clara y vivo en el piso de enfrente. Venía a saludar a los señores de la casa.

Edgar hizo pasar a la vecina, que portaba una tarta muy pomposa hecha de cuatro tipos de chocolate.

Norma comprendió que la función daba comienzo, así que hizo levantarse a todos para saludar a la recién llegada.



—Espero no ser mucha molestia —comentó ella—. Solo quería darles la bienvenida al edificio. Confío en que hayan podido instalarse.

—Sí, sí, la verdad es que todo está perfecto...

32 Al ver a Clara, Lucas palideció. No porque conociera a esa señora, que hasta entonces jamás había visto, sino porque tenía un pequeño inconveniente que Lucas llevaba fatal: bajo su nariz extremadamente fina, la vecina lucía una inmensa verruga que se movía a la par que hablaba.

Cuando esto sucedía, Lucas tenía serios problemas para no desviar la mirada. Le ocurría siempre que se topaba con alguien con estas características: verrugas, lunares enormes, protuberancias con pelos..., cualquier cosa que llamara la atención y que lo obligara a no hacer caso a lo que le estaban diciendo.

Pero, por fortuna, nadie se dio cuenta. Norma correspondió con gratitud a la amabilidad de la vecina (que no perdía nota de la decoración del apartamento) y se apresuró a presentar a cada miembro de la familia. A Lorenzo, a Ginebra, a Maya, a Lucas, a Fiona y, por supuesto..., a la Agente Z.

—Es... mi... mi... ¡hermana! —Norma rodeó a la agente por los hombros y la apretó contra ella—. Se llama... Ze... Ze... ¡Zenobia!

—¡Zenobia! ¡Qué exótico! —alabó la vecina—. Es un placer, querida.

La vecina dio la mano a la Agente Z y alrededor se hizo un silencio bastante incómodo (de esos en los que todo el mundo espera que alguien diga algo y nadie es capaz de soltar la primera palabra). Ese tipo de silencio en el que hay peligro de decir algo inconveniente. Y que, por supuesto, Ginebra se encargó de romper.

—Qué rápido ha hecho usted la tarta, ¿no? —intervino—. No hace ni media hora que hemos llegado.

Clara se sonrojó.

—Oh, suponía que estarían ustedes al caer... ¡El camión de mudanza lleva trabajando tres días sin descanso! Ya veo que tienen todo colocado. Menuda empresa de transportes más buena. Ya me darán el contacto.

—¿Por qué? —preguntó Lorenzo—. ¿Es que piensa usted mudarse?

—Oh, no, no. Solo por si acaso. Ya sabe...



Todos rieron falsamente, incluida la Agente Z, y a excepción de Lucas, que era incapaz de creer que aquello estuviera sucediendo: alrededor la gente hablaba y se reía. ¡Todos hacían como que la verruga no existía!

—Bueno, no los molesto más —concluyó Clara—. Solo quería asegurarme de que vendrán esta noche a casa a tomar algo.

34 —Eh..., ¿nosotros? —preguntó Lorenzo mirando a ambos lados.

—Claro. ¿Quién si no, hombre? —rio Clara—. No se preocupen. No es nada serio. Solo un aperitivo informal de bienvenida. ¿Está bien a las siete?

—Oh, sí, sí —respondió Norma—. A las siete está bien.

—Estupendo. Pues ¡hasta la noche!

Clara entregó a Edgar la tarta de chocolate y este la recibió y se las apañó (Lucas aún se sigue preguntando cómo) para cerrar la puerta.

La Agente Z soltó un suspiro. No le había gustado aquel contratiempo. Aunque, por fortuna, no sería ella quien tendría que hacerle frente. Sería tarea de Edgar. Una vez que comprobó por la mirilla que la vecina había vuelto a su casa, el mayordomo expuso sus quejas:

—Menuda pelmaza. Lleva días cotilleándolo todo.

—Supongo que tendremos que pasar a verlos. —Norma miró a su familia con resignación—. Nos conviene tener buena relación con los vecinos.

La Agente Z asintió, confirmando esa idea.

—Bueno, es hora de irme —concluyó—. Confío en que todo esté a su gusto. Por cierto, señora Ginebra, al final no hemos hablado de su nueva identidad.

—¿Cree que es necesario? —preguntó la abuela.

—Bueno, he pensado que hay muchas fraternidades entre las que puede elegir. Está el club de amigos del museo, el de los perros abandonados, o la asociación de ajedrez...

—Nada de eso.

—Pero tendrá que tener una ocupación —insistió Z—. No me atrevería a dejarla desatendida otra vez.

—Desatiéndame, se lo ruego. No soportaría asistir a ninguna de esas tonterías. Prefiero ir a mi aire.

—¿Estás segura, mamá? —preguntó Norma—. Puedes elegir lo que quieras.

—Completamente. Ahí solo hay gente aburrida. Yo soy un alma libre.



—Está bien, señora Ginebra. Como prefiera —claudicó la Agente Z—. Pero tenga en cuenta la norma principal.

—Sí, sí, ya lo sé: no llamar la atención.

Cuando Ginebra recitó la orden en alto, el resto de los F. se sumaron a ella, como si todos formaran parte de un coro improvisado.

36 La Agente Z acordó con Ginebra que sus entradas y salidas serían discretas, y tanto Maya como Lucas pensaron que eso era tener un poco de morro. No era justo que Ginebra eligiera hacer lo que le diera la gana por muchos años que tuviera. Incluso a Fiona se le pasó por la cabeza aquella injusticia. Solo que, como estaba tan contenta con su nueva identidad, no se atrevió a protestar. No fuera a ser que alguien decidiera cambiársela.